

## XVI

## Auxilio inesperado

on Plácido llegó á la casa de Mondragón, le mostró la carta de don Juan, y los dos comenzaron á hacer las más activas diligencias para reunir la cantidad exigida á Caralmuro.

Eran las doce del día, y don Plácido volvió á la casa de don Juan sin haber conseguido nada.

Allí se encontró con una carta de Carálmuro, reservada, en que le decía que llevase al general Márquez diez mil pesos, como parte de su asignación; que aunque con esto no conseguiría su libertad, se ampliaría su prisión, y tal vez no habría necesidad de exhibir más, porque la situación de los sitiados era tan crítica, que no podía tardar el desenlace.

Don Plácido hizo poner el coche, metió en él los diez

mil pesos, y se dirigió al Cuartel General; se hizo la entrega correspondiente, y después le permitieron hablar con don Juan, cuya prisión se amplió desde aquel momento.

Don Plácido y Caralmuro se encontraron en la prisión de éste, libres de testigos, merced á la orden que había para tenerle incomunicado.

- He traído la parte del dinero que usted me encargó, dijo don Plácido, y se ha entregado ya en la Comisaría.
- Bien: eso será lo único que se pierda, porque he observado que las cosas andan tan mal para estos señores, que muy pronto tendrán, ó que intentar una salida para romper el sitio ó que rendirse á discreción.
  - ¿Tan perdidos así los cree usted?
- He podido escuchar algunas conversaciones que me lo han dado á entender. Fingen no creer en la toma de Querétaro, ni en la prisión de Maximiliano; pero en la oficialidad y en la tropa están desmoralizados todos: los soldados hablan ya de la derrota como de una cosa segura, y esto es el peor síntoma de la situación. Esto no durará mucho tiempo.
  - Pero entretanto, ¿qué cree usted que debemos hacer?
- Usted tener cuidado de la casa y de Leonor, y yo aguardar aquí otro poco, hasta que una mañana de éstas, al despertar, me encuentre con que estoy solo, ó con que están aquí ya los liberales.
  - Quizá sea eso peligroso para usted.

- De ninguna manera: así estoy bien. Le suplico á usted que no olvide proseguir sus averiguaciones, hasta encontrar á ese tío Lalo.
- He ido á la «casa del Pueblo», y no dan razón ninguna de él.
  - ¿Ha preguntado usted en los mesones?
  - No; pero esta tarde me dedicaré á eso.
- Creo que será muy oportuno, antes que la plaza caiga en poder de los sitiadores, porque entonces la afluencia de gente será tal, que me parecería casi imposible encontrar lo que buscamos.
- Creo lo mismo, y no me descuidaré. Me voy, y mañana estaré aquí para ver á usted: entretanto, ¿no se ofrece nada para la calle?
  - No, mil gracias; hasta mañana.

Don Plácido montó en el coche y regresó á la casa.

En la tarde hizo enganchar de nuevo los caballos y comenzó á visitar los mesones.

A cosa de las cinco entraba don Plácido en el mismo mesón en que hemos dejado á Margarita y Alejandra sumidas en la mayor miseria y desesperación.

La llegada de un tren tan soberbio como el que llevaba don Plácido, era un acontecimiento en aquella posada; y «el huésped» salió hasta la puerta de su despacho, con la pluma tras de la oreja, para saber á qué debía atribuir tan alto honor.

- Buenas tardes, le dijo don Plácido: ¿usted es el huésped?
  - Sí, señor; contestó el otro, haciéndole una profunda caravana.



-¿Tuviera usted la bondad de decirme si está alojado aquí un sujeto que se llama don Ladislao Pamplona?

El huésped recordaba el nombre, y sabía que efectivamente
se había tomado un
cuarto para aquel sujeto, porque nuestros
lectores no habrán olvidado que éste fué el
nombre que hizo inscribir el Cacomixtle;
pero para hacerse el
hombre interesante á
presencia de un caba-

llero que venía en carruaje tan lujoso, fingió que no recordaba de pronto.

 No recuerdo precisamente, contestó; pero si usted gusta, veremos mi libro de asientos.

- Si usted me hace el favor...
- El huésped entró al despacho, seguido de don Plácido.
  - ¿Me hace usted la gracia de sentarse?

Y le ofreció una silla.

- ¿Decía usted que se llamaba ese señor...?
- Ladislao Pamplona,
- Vamos á ver.

Abrió un libro de cuentas, y como hablando consigo mismo, comenzó á decir, volviendo las hojas:

- F... H... I... J... L... esto es, Leocadio, Luis, Lucas, Luciano, Lugarda, Librado, Luz, Ladislao. Aquí está; Ladislao Pamplona. Núm. 33. Número treinta y tres.
  - ¿Y estará aquí?
- No: él no ha venido; pero ahí están dos señoras, que supongo serán de su familia, y que vienen con un muchacho muy listo, que todos conocen por el Cacomixtle.
- Ellos son, dijo don Plácido entre sí. ¿Me hiciera usted el favor de que me enseñaran el cuarto...?
  - Con mucho gusto.

El huésped sonó las manos.

- Juan, enséñale á este caballero donde queda el número 33.
  - Con permiso de usted, dijo don Plácido.
  - Usted mande.

164

Don Plácido subió la escalera, y el criado le dejó en la puerta del cuarto.

Margarita y su hija, acostadas en la cama, dormitaban.

Don Plácido llamó dos veces sin obtener respuesta.

La tercera vez llamó con más fuerza.

- Adentro, contestó una voz.

Empujó la puerta; y apenas había penetrado, Alejandra dió un grito y se arrojó en sus brazos.

Margarita aún no le reconocía.

- Madre, madre! Es mi padre don Plácido.
- -; Tu madre! dijo don Plácido.
- ¡Don Plácido! exclamó Margarita.

Y corrió á abrazarle.

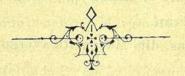
- —;Oh, qué felicidad! decía Alejandra. ¿Comó está usted aquí? ¿cómo nos ha encontrado? ¿de dónde viene usted?
- Hija mía, buscando al tío Lalo, he llegado hasta aquí, y lo que menos esperaba era encontrar á ustedes. ¿Qué ha sucedido? ¿Vives con el tío Lalo, hija mía?
- —No, padre: tío Lalo ha muerto ya; vivimos solas con el Cacomixtle. Es una historia muy larga; ¿pero usted dónde vive?
  - Vivo con tu padre.
  - ¡Con mi padre!...
  - -; Con Juan!...

- Sí, con tu padre, con don Juan, que te busca por todas partes, y á quien habían engañado...
  - Ya sabíamos eso...
- ¿Ya lo sabían? Bueno, pero ahora lo sabe él también, y no anhela sino volver á verte.
  - Pues iremos.
- Sí, esta misma noche; pero no luego, luego; porque no podemos salir á la calle: hemos empeñado para comer, hasta los rebozos...
- ¡Pobrecitas! Pues voy yo mismo á traerles ropa y lo necesario en este momento, y vuelvo por ustedes. Entretanto, les dejaré el dinero que traigo, para que compren lo que quieran.
- Mil gracias, dijo Margarita avergonzada; pero me mortifica.
- —¿Por qué? Si este dinero es de ustedes, porque es de don Juan, del padre de Alejandra; y aun cuando fuera mío, ¿acaso ya no eres mi hija?
  - ¡Ah! ¡siempre! contestó Alejandra abrazándole.
  - Pues voy, y vuelvo muy pronto.
- Sí, dijo Alejandra: con eso, mientras viene el pobre de Cacomixtle, que tan bien se ha portado con nosotras, para llevárnosle.
  - -¿Se ha portado bien ese pilluelo?
  - Sí, le debemos la vida, dijo Margarita.
  - Y la honra, agregó Alejandra.

— No perdamos tiempo. Vuelvo, Margarita; vuelvo, hija mía.

Don Plácido besó la frente de Alejandra, y bajó precipitadamente diciendo:

— ¡Qué día! ¡qué día! Es el más feliz de mi vida...





## XVII

A saco

L pueblo de México no podía soportar por más tiempo aquellas circunstancias, y á pesar de su carácter dulce y de su natural generoso, comenzaron á levantarse en masa los barrios de la ciudad, pidiendo «pan».

Los primeros días se le pudo engañar; pero después no fué posible, y se recurrió á uno de los medios más reprobados; se le hizo entender que en algunas casas particulares había depósitos ocultos, y aquellas masas se lanzaban al allanamiento y al saqueo de la casa designada, capitaneados algunas veces por alguno de los generales que mandaban las fuerzas sitiadas ó por algunos oficiales superiores.

En la época en que va pasando ya nuestra historia, estas escenas de desorden eran muy frecuentes.